

LA SENDA DEL VIEJO TOPO*

Con *How to Change the World*, Eric Hobsbawm cumple más de sesenta años en los escaparates de las librerías desde que en 1948 editara *Labour's Turning Point* y en 1959 hiciera su debut como autor propiamente dicho con *The Jazz Scene* y *Primitive Rebels*. Si *How to Change the World* resultara ser el último de sus aproximadamente veinticinco títulos hasta la fecha, representaría una digna despedida para una carrera íntimamente vinculada al nombre de Karl Marx y a su legado político e intelectual. Subtitulado realmente «Marx y el marxismo, 1840-2011», en vez de los «relatos» sobre ambos que anuncia la portada, el libro no recoge de hecho todos los escritos del autor sobre el tema, que se pueden encontrar en dos espléndidas recopilaciones anteriores –*Revolutionaries* (1973) y *On History* (1997)– por no mencionar la nueva edición del *Dictionary of National Biography* que contiene su larga contribución sobre Marx. Por lo tanto, quizá no sea una coincidencia que el único marxista posterior a Marx del que se ocupa extensamente –dos capítulos de dieciséis– sea Gramsci; el único que ha alcanzado la casi incondicional aprobación de Hobsbawm desde que descubriera sus *Quaderni del carcere* en la década de 1950, y después de haber estado gravitando en lo que (en un revelador inciso en su autobiografía de 2002) describió como su «militancia espiritual» en el Partido Comunista Italiano.

Aun así, *How to Change the World* contiene el núcleo del importante material escrito desde el decisivo año de 1956, empezando por un artículo sobre la crítica de Marx del mundo victoriano, publicado en 1957 en el número inaugural de *New Reasoner*; presumiblemente como un intento serio de colaboración con la Nueva Izquierda, hasta un conjunto de reflexiones sobre «Marx en la actualidad», elaboradas para este volumen. Por ello serán indispensables por lo menos dos tipos de lectura, sin duda solapadas. La primera, naturalmente, es la de aquellos con un interés especial por el tema. Como señala Hobsbawm, *How to Change the World* es «esencialmente un estudio del desarrollo e impacto póstumo del pensa-

* Eric Hobsbawm, *How to Change the World, Tales of Marx and Marxism*, Londres, Little, Brown, 2011, 470 pp.

miento de Karl Marx (y del inseparable Friedrich Engels)». En las últimas décadas, por lo menos en inglés, han sido raros los intentos de realizar una historia del marxismo y *How to Change the World* tampoco lo es. (Sintomáticamente, Hobsbawm solamente menciona dos ejemplos: *Las principales corrientes del marxismo*, de Kołakowski en 1978 y el «estudio histórico y crítico» realizado en 1961 por George Lichtheim, a cuya memoria se dedica el libro.) Sin embargo, el núcleo de la obra –más de la mitad de su contenido– está formado por seis capítulos de gran densidad y erudición redactados en su momento para el último intento genuinamente satisfactorio de acometer esa tarea: los volúmenes que forman *Storia del marxismo*, coeditada por Hobsbawm, Georges Haupt y otros autores para Einaudi en 1978-1982 (solo fue traducido el primero de ellos, *Marxism in Marx's Days* [1982], que incluía tres de los capítulos reeditados aquí y que dejó de estar disponible hace mucho tiempo), y que tratan desde el marxismo como sistema intelectual hasta los movimientos y regímenes inspirados por él, los cuales a su vez reformaron y (deformaron) la teoría, ahora convertida en una «fuerza material» institucionalizada.

Los lectores no italianos saludarán especialmente la tardía publicación en inglés de las reflexiones sobre la interacción entre el marxismo y la cultura intelectual europea en los tiempos de la Segunda Internacional; sobre su inflexión progresista en la era del antifascismo, cuando la Unión Soviética de Stalin podía ser considerada la encarnación del racionalismo de la Ilustración traicionado por los herederos de una burguesía una vez revolucionaria; y sobre sus mutaciones posteriores a la guerra hasta el centenario de la muerte de Marx en 1983. Junto a los capítulos sobre las relaciones de los fundadores con los socialismos premarxianos, con su pensamiento político y la diferente acogida geográfica de su trabajo, los análisis aparecen ahora complementados por una investigación menos precisa sobre «Marxismo en recesión, 1983-2000». Ocasionalmente actualizado para citar un material más reciente, podría constituir un volumen independiente donde la acreditada capacidad de Hobsbawm para el análisis y la síntesis alcanzase la cima de sus facultades como historiador de las ideas; pero hay que lamentar que su revisión no haya supuesto la modificación de las incontables referencias a la obra de Marx y Engels, muchas de las cuales remiten a la *Werke* alemana a pesar del hecho de que la publicación de la edición inglesa de las *Collected Works* se finalizó en 2004.

Un segundo tipo de audiencia probablemente se vea igualmente atraída por la perspectiva de profundizar en las continuidades y discontinuidades de la actitud de Hobsbawm hacia la tradición que ha defendido desde principios de la década de 1930, cuando leyó el *Manifiesto comunista* en su liceo de Berlín. Al reunir textos procedentes de seis décadas de compromiso con el *Manifiesto*, *How to Change the World* realmente revela más sobre ese compromiso que las observaciones decepcionantemente superficiales de *Interesting Times*. Así, el magnífico capítulo, «La era del antifascismo, 1929-1945» puede leerse en parte como una apología de esta

fase de la vida de Hobsbawm como militante comunista, que tal como era de esperar defiende la experiencia de los Frentes Populares como «coincidente con el sentido común», y que finaliza con estas palabras: «Para algunos es la única parte de su pasado político sobre la cual los supervivientes de ese tiempo pueden rememorar con incondicional satisfacción».

En general, de manera implícita y explícita, podemos encontrar una recesión gradual y progresiva de la confianza de Hobsbawm en los poderes explicativos y predictivos de lo que para sus fundadores no era solo el materialismo histórico, sino también el «socialismo científico». A todos los efectos, Hobsbawm reitera las afirmaciones que realizaba en su introducción de 1964 a la sección de los *Grundrisse* de Marx sobre «formaciones económicas precapitalistas», donde el «espléndido» Prefacio de 1859 se compara favorablemente con la aproximación ética de los primeros escritos del «joven Marx»; y de nuevo repite, aunque de manera más matizada, las tesis efectuadas en la conclusión del capítulo «Marx, Engels y el socialismo premarxiano» (1978), ambos recogidos aquí. Sin embargo, como se demuestra al reeditar juntos los prefacios a *La condición de la clase obrera en Inglaterra* y al *Manifiesto comunista*, cuya composición está separada por un intervalo de treinta años (1969-1998), esas afirmaciones son ahora tan explícitamente revocadas como una vez fueron apoyadas. Allí donde el comunismo de Engels se concibe como parte integral de su perspectiva como «científico social», Marx es tratado como dissociable de su logro de ofrecer una «concisa caracterización del capitalismo al comienzo del nuevo milenio»; de hecho un no-manifiesto sin el comunismo.

Por lo menos, esto sirve para llamar la atención sobre una característica curiosa de *How to Change the World*, concretamente la falta de una explicación preliminar de su título para los no iniciados. En el prefacio a *Marxism in Marx's Day*, Hobsbawm citaba la undécima tesis sobre Feuerbach de Marx, «hasta ahora los filósofos solamente han interpretado el mundo; sin embargo, de lo que se trata es de cambiarlo», y señalaba:

El marxismo, la escuela teórica más influyente en la práctica (y enraizada en la práctica) del mundo moderno, es tanto un método de interpretar el mundo como de cambiarlo, y su historia debe ser escrita en consecuencia.

En la obra de la que nos ocupamos, la tesis se cita por primera vez transcurridas las tres cuartas partes de la misma, donde es glosada así: «Ningún intelectual ha tenido más éxito para estar a la altura de sus propios requerimientos». En el mismo capítulo —«La influencia del marxismo, 1945-1983»— el pensamiento de Marx todavía se considera que «proporciona una guía esencial para entender y cambiar el mundo»: la conjunción de Hobsbawm de la teoría y la práctica como opuesta a la contraposición de Marx.

En la corriente dominante de la tradición marxista, fielmente transmitida aquí por Hobsbawm, el propósito de la teoría de interpretar correctamen-

te el mundo aspiraba a la máxima unidad con la práctica de masas dirigida a cambiarlo. De acuerdo con la teoría, el capitalismo ofrecía las precondiciones para su propia superación en el comunismo. Por encima de todo, generaba un agente social colectivo —el proletariado industrial, por necesidad una «clase verdaderamente revolucionaria»— con un interés y una capacidad para desempeñar su tarea de «sepulturero». El rechazo final de Hobsbawm de esta piedra angular del socialismo marxiano-marxista es la clave de su creciente escepticismo, desde finales de la década de 1970, sobre las perspectivas de una transición más allá del capitalismo en el hemisferio norte. En el capítulo sobre el marxismo posterior a la guerra, se dice que el desarrollo del capitalismo global —y de los movimientos obreros nacionales dentro de él— ha hecho que sea «cada vez más dudoso» que el proletariado desempeñe el papel tradicionalmente asignado. Un cuarto de siglo más tarde, introduciendo el *Manifiesto comunista* en su 150 aniversario, Hobsbawm sigue a Kołakowski al identificarlo como «una deducción filosófica más que el producto de la observación». Para cuando redactaba el capítulo final de su historia del movimiento obrero en el siglo xx, el veredicto era definitivo: «Ahora es evidente que carecía de base».

A medida de que se acercaba el centenario de la muerte de Marx en 1983, Hobsbawm se sintió obligado a expresar el resurgimiento del tema de una crisis del marxismo. Todas las «viejas certezas» sobre el capitalismo y el socialismo no solo habían sido «puestas en duda», sino que «ya no existían». Sin embargo, paradójicamente, la interrogación y revisión del marxismo en las décadas de 1960 y 1970 registrada por él, fue acompañada por una señalada expansión de su influencia intelectual por todo el Primer y Tercer Mundo, creando una cultura pluralista y cosmopolita de indudable calidad, de marcado contraste con la versión oficial y la «segregación nacional» de las décadas de 1930 y 1940. Por ello —como admite en la nueva conclusión de su capítulo sobre el periodo 1945-1983, reemplazando las cautelosas observaciones esperanzadoras del original italiano— Hobsbawm no llegó a anticipar «la velocidad y la escala de la inversión»: «los [siguientes] veinticinco años iban a ser «los años más oscuros en la historia de la herencia [de Marx]».

El marxismo como teoría, aunque indudablemente «en recesión» desde finales de la década de 1970 y comienzos de la siguiente, no estaba aun con todo en crisis. La superficial discusión que hace Hobsbawm de esta etapa de su carrera (menos de quince páginas) pasa por alto la manera en que confirmaba la clarividente valoración de Merleau-Ponty —hecha en 1960, mientras Sartre aventuraba extravagantes afirmaciones en su favor— de que aunque el marxismo «no era ya ciertamente verdadero en el sentido en que se le creía verdadero», todavía podía «inspirar y orientar el análisis». Posiblemente desorientado por la desaparición de los autores estelares del pasado, o comprensiblemente menos versado en los *mille marxismes* más tarde invocados por André Tosei, Hobsbawm se olvida de muchos —por ejemplo, Jameson, Brenner o Harvey en el mundo anglófo-

no; Domenico Losurdo, Luciano Canfora o Costanzo Preve en Italia— y también omite el grado en que figuras diversamente afiliadas a la tradición marxista obtuvieron una audiencia totalmente global, no limitada al mundo académico, por su trabajo en esos años. La modestia le impide al autor hacerlo, pero no necesitamos ir más allá del propio relato que hace Hobsbawm del siglo xx en *Age of Extremes* (1994), que fue un éxito de ventas en inglés rápidamente traducido a decenas de idiomas.

Hobsbawm no se siente inclinado a apuntalar lo que él consideraría como fragmentos intelectuales contra ruinas prácticas. Lo que cambió todo para él, autodescrito «marxista de la vieja izquierda» y «observador participante» de la trayectoria que revela su militancia en el Partido Comunista Británico desde 1936, fue la ruina del «socialismo realmente existente». Señala que, «hasta la década de 1990, el marxismo nunca dejó de representar a unas fuerzas políticas formidables». Esta frase no está dirigida a abarcar las filas de los trotskistas de la Cuarta Internacional, o de los grupos maoístas escindidos de la Tercera (la antipatía de Hobsbawm hacia todos los timoneles, grandes y pequeños, está bien comprobada), ni a una miríada de *groupuscules* conciliares, libertarios y de toda laya y condición, sino que se refiere abrumadoramente al movimiento comunista internacional como un conjunto de regímenes y partidos. Titulado originalmente «El marxismo en la actualidad: un relato abierto», el capítulo sobre posmarxismo señalaba:

En 1956 comienza un periodo en el que la mayoría de los marxistas occidentales fueron obligados a llegar a la conclusión de que los regímenes socialistas existentes [...] estaban lejos de ser lo que ellos hubieran deseado que fuera una sociedad socialista o una sociedad en el proceso de construir el socialismo. La mayor parte de los marxistas fueron obligados a volver a la posición que mantuvieron los socialistas en todas partes antes de 1917. Una vez más, tenían que argumentar a favor del socialismo como una solución necesaria para los problemas creados por la sociedad capitalista, como esperanza de futuro, pero una solución muy insuficientemente apoyada en la experiencia práctica.

A lo que (en un párrafo omitido en el texto actual, pero que puede tomarse como compendio de la propia posición de Hobsbawm), la versión italiana añadía:

Esto no les condujo necesariamente a subestimar el resultado significativo, y en muchos aspectos positivo, de los intentos hechos hasta el momento para construir el socialismo en medio de grandes dificultades y en países que ni Marx ni Lenin [...] habían considerado tierras especialmente fértiles.

De aquí el trauma que supuso el colapso del Segundo Mundo para la gran mayoría de los socialistas: «Con sus evidentes defectos, había sido el único intento real de construir una sociedad socialista». Después de la caída, el capitalismo «perdió su *memento mori*» y el socialismo que se había de-

clarado a sí mismo «científico» forzosamente se retiró a una variedad de utopismo, en medio de proclamas sobre el liberalismo económico y político como el ineludible horizonte para la historia humana. El marxismo hoy día: ¿cuenta cerrada?

La respuesta de Hobsbawm es que no, aunque por razones que para algunos lectores parecen proporcionar un triste consuelo. Saludando el renacer del anticapitalismo en el nuevo milenio y la «implosión» del neoliberalismo en 2008, Hobsbawm duda de que haya reaparecido en el horizonte lo que, recurriendo a un solecismo, apoda «un sistema de alternativa sistemática»; la desilusión de un futuro socialista no se ha desvanecido. En consecuencia, «el regreso un tanto inesperado de Marx» en el siglo XXI se lleva a cabo no en la forma del profeta del comunismo internacional, que fracasó de manera concluyente en el siglo XX, sino como crítico de la globalización capitalista que ya ha anunciado su propio *memento mori*. Una vez que las deshonras del comunismo y del fundamentalismo de mercado han quedado aproximadamente equilibradas, Marx ha sido liberado del íncubo del «marxismo-leninismo». Las preguntas que planteó, en vez de las respuestas que dieron sus sucesores, están de nuevo en la agenda de la humanidad. Realmente, a la vista de la propensión suicida de lo que Schumpeter (en la estela de Marx) calificó como las olas de «destrucción creativa» del capitalismo, Hobsbawm llega al extremo de mantener que «ambas partes» –liberales y socialistas por igual– «están interesadas en el regreso de un gran pensador» que analizó el capitalismo «de manera histórica [...] y realista»: una definición minimalista del materialismo histórico para tiempos poslapsarios.

Teniendo en cuenta el comentario anterior de Hobsbawm sobre una intensificación del antimarxismo y del anticomunismo *después* de que la Guerra Fría hubiera acabado con la contundente victoria del capitalismo, se puede prever con seguridad que una de esas partes tendrá otras ideas (para otros intereses) y que resistirá las peticiones del browderismo. En cualquier caso, «el Marx del siglo XXI será sin duda muy diferente al Marx del siglo XX». Podemos añadir que principalmente porque la reivindicación que hace Hobsbawm de su contemporaneidad, aunque sea un gran recurso para la interpretación y la crítica del mundo (en compañía de Schumpeter y Polanyi), proporcionará poca o ninguna orientación sobre cómo cambiarlo. Despojado de la mitad del programa inscrito en su mandamiento de 1845, el *revenant* así construido corre el riesgo de rendir pocos beneficios. En este sentido, el título del libro de Hobsbawm es poco apropiado: no trata sobre cómo cambiar el mundo hoy en día, y en la medida en que se ocupa de pasados esfuerzos por hacerlo, algunos percibirán que hay un «no» que se ha perdido en algún lugar del camino.

Imperturbablemente, Hobsbawm confía como conclusión en que la predicción de Marx de la superación del capitalismo, si bien «de una manera diferente de lo que [él] anticipó», conserva su credibilidad. La imposibilidad de apaciguar el conflicto entre los imperativos de una economía

de libre mercado y los requisitos esenciales para un planeta habitable –los ecos de la «utopía negra» de Polanyi son evidentes– constituye el talón de Aquiles del capitalismo. Por todo ello «no podemos saber ahora de quién partirá la flecha que le resulte mortal»; podemos descartar un neanarquismo renaciente, demasiado propenso a alojar la flecha directamente en su propio pie; también a una marchita socialdemocracia que se rindió incondicionalmente y que ya se encontraba severamente reducida en la década de 1990 a mero carcaj del liberalismo, cuando Bernstein «perdió sus esperanzas» tan inequívocamente como lo había hecho Lenin en la de 1980.

A sus noventa y cuatro años, Hobsbawm continúa con los ojos tan abiertos como siempre y conserva su afilada lengua (por ejemplo, cuando resume la carrera de su contemporáneo Arthur Schlesinger Jr. como «Harvard, Cambridge y la corte de J. F. Kennedy»). Desde el punto de vista editorial, menos refinada en algunos aspectos que obras anteriores a ella, *How to change the World* no es simplemente educativa, es un placer, escrita en la prosa característicamente límpida salpicada de comentarios sardónicos. Si bien su andanada de partida –una vez más ha llegado la hora de tomarse en serio a Marx– no será novedosa para aquellos que nunca dejaron de mostrar interés por él, éstos deben recordar que el libro no está dirigido exclusivamente a *agrégés* y aficionados, sino (como tantas obras de Hobsbawm) a lo que el prefacio de *The Age of Revolution* describía como «esa construcción teórica, el ciudadano inteligente y educado». Solo por esta razón se acercará más a su objetivo final de lo que la mayoría de nosotros nunca podría soñar hacer.

En el primero de los textos recogidos, Hobsbawm reflexiona: «Para aquellos que escriben libros y artículos, es una melancólica ilusión el que la palabra escrita sobreviva. Lamentablemente rara vez lo hace. La gran mayoría de los libros impresos entran a las pocas semanas o años de su publicación en un estado de suspensión del que ocasionalmente son despertados durante periodos igualmente cortos por los trabajos de estudiantes investigadores». Cuando ese estado llega a verdaderamente pocas de sus obras –la más evidente la tetralogía de las «Eras»– Hobsbawm no necesita buscar defensor contra sus temores. Mientras tanto, estaría bien pensar que se encontrará por aquí para asistir al nuevo inventario de Marx y del marxismo que se producirá con motivo del 150 aniversario de *El capital* en 2017; casualmente la fecha del centenario de la Revolución bolchevique y de su nacimiento.